



GUILLERMO CANO

*La lentitud de las ramas*



# LA LENTITUD DE LAS RAMAS



Guillermo Cano

# LA LENTITUD DE LAS RAMAS



ARS  POETICA



Guillermo Cano

# LA LENTITUD DE LAS RAMAS

colección  
| SOLA NOCTE |

ARS  POETICA  
*boutique de poesía*

*La lentitud de las ramas*  
Guillermo Cano

Dirección editorial:  
Ilía Galán

Colección:  
SOLA NOCTE

Director de colección:  
Jesús Urceloy



© 2021 Guillermo Cano  
© 2021 ARS POETICA (de la edición)

EntreAcacias, S.L.  
[Sociedad editora]  
c/Covadonga, 8  
33002 Oviedo - Asturias (ESPAÑA)  
Tel. (centralita): (+34) 984 300 233  
info@arspoetica.es | pedidos@arspoetica.es

1ª edición: octubre, 2021

ISBN: 978-84-18536-03-8  
Depósito Legal: AS 01545-2021

Impreso en España  
Impreso por Podiprint

*Todos los derechos reservados.*

*Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.*

*A Pilar B. Escobedo Baldó*



«Las estrellas estaban ya altas en el cielo, indicando que era más de medianoche, pero nosotros seguíamos charlando al lado del fuego».

Dersu Uzala



LA AFLICCIÓN  
Y LA NECESIDAD  
por Andrés Navarro



Empecemos por el principio: «Aquello que está/ entre la forma/ y el contenido del poema/ también se escribe». Disculpen que arranque desvelando íntegro *Manifiesto*, pero ese primer texto inscribe a los sucesivos en la tradición teórica que pasa por Paul Valéry cuando definía el poema como la «vacilación prolongada entre el sonido y el sentido». Es necesario escribir esa tensión, parece reivindicar el autor; esa tensión, y la dosis de vacilación que hay en la palabra «aquello», primera del libro, son la esencia del poema. Se trata de un principio sorpresivo, y hay algo hermoso en cualquier texto reacio a la previsión del lector. Pero además tiene su lado irónico, pues supone un sutil corte de manga a los grandes —y a menudo vacíos— titulares de los talleres literarios que el autor ha frecuentado e imparte: ¡La poesía es contenido! ¡La poesía es forma!

Esa manera de romper el hielo parece ideada a la vez como pacto de confidencialidad con el lector y como manual de instrucciones. Como si el autor dijera: si quieres, si te apetece, puedes leer la mayoría de estos poemas en cla-

ve metapoética. Títulos como *La poesía es una tormenta abierta* o *Esta versión solitaria de La roca de Wallace Stevens* evidencian que *La lentitud de las ramas* es también un diálogo con la propia poesía.

Veamos un poema cuyo título remite a la célebre novela de Robert Musil: *El animal sin precedentes*. Tras unos primeros versos hipnóticos en primera persona del plural, leemos:

*(...) podrán entonces los ojos acostumbrarse a la claridad sobrante  
y después, ¿se adaptarán a la penumbra renovada?*

Hasta ese momento el texto se ha movido en una indefinición escrupulosamente controlada. El pasaje podría estar hablando de casi cualquier cosa si no fuera porque poco después se define «nuestro tiempo» como un «animal que habla y desconoce su lenguaje», para cerrar unos versos después con una confesión reveladora:

*(...) mis sueños más vivos se comportan como ramas,  
así que en una misma arteria mi sangre tiene dos direcciones:  
una me aflige y la otra me obliga a escribir.*

Ya en primera persona del singular, el autor confiesa que su escritura obedece a un doble impulso: la aflicción y la

necesidad. Después de eso no cabe pasar sin más al siguiente poema, hay que releer *El animal sin precedentes* desde esa premisa final. Todo poeta verdadero acaba por descubrirlo: nos desembarazamos de la palabra ya dicha para enfrentarla de nuevo a la potencialidad del silencio. Ahora esa «claridad sobrante» bien puede aludir a los brillos de lo ya escrito, y la «penumbra renovada» quizá nos hable de la oscuridad que cada nuevo poema está llamado a iluminar.

No quiero con esto imponer una tesis de lectura, sino subrayar la delicada operación de ensamblaje concebida para que los distintos planos de significación se superpongan. La relativa indeterminación y el zigzagueo argumental invitan a la especulación, pero además, esa lectura prismática a menudo se construye a partir de atmósferas naturales y elementos preindustriales —puros, aún no falsificados por la tecnología—, un imaginario que activa el reflejo simbólico. Este aspecto se aborda de forma explícita en *La gran aceptación*:

*(...) aquí la palabra bosque no es más que este arroyo primitivo  
que remonta el papel y descarga  
detrás de tu frente completamente contemporánea.  
Y toda su intimidad maravillosa  
acoge con sencillez un universo de significados (...)*

*Es el juego de movimientos lo que aporta nitidez  
a la imagen de tu vida (...)*

Literatura y vida se miran como iguales. Se trata de una poesía confesional no ajena a su generación, y no me refiero tanto a un corrillo de poetas como a la quinta de los nacidos en los 70. Hablo de una edad que equidista de la juventud y la vejez, años de supuesta madurez en los que se asumen, al fin, ciertas limitaciones: «Madre, padre, ¿dónde plantasteis?», se pregunta en *Solo el final*. Pero lejos del regodeo autocompasivo, de la inadecuación como coartada, la conciencia del límite casi siempre enriquece la experiencia. Los textos contagian hambre de presente: «(...) hablo, pienso, vivo/ en el puro desconocimiento». Les invito a que busquen correspondencias, término a término, con otros versos de corte épico: «Para la libertad sangro, lucho, pervivo».

Si algo queda claro ya desde los primeros poemas es que Guillermo Cano no es un rozador de superficies. Le preocupa tanto lo que se ha propuesto transmitir como el medio elegido para hacerlo. Al fin y al cabo, hablamos de un autor con un pie en las artes plásticas y otro en la poesía. En *Una mancha en la noche de color frambuesa* alude a ciertos «vínculos (...) que por fin podían ser tematizados», lo que

inclina a pensar en un momento anterior —o en un registro anterior— en el cual esos vínculos resultaban abstrusos o inaprensibles. «¿Qué forma de expresión debo escoger?», parece preguntarse, «¿cabe versificar lo que más me valdría dibujar?». Pero no, esas preguntas son anteriores a la escritura del poema, que más bien parece el resultado de una íntima reflexión. Vayamos un poco más adelante:

*El verde narcótico de los árboles también trabaja,  
al igual que la transparencia del agua  
y su dimensión sonora cuando se expande.*

En la cosmovisión del autor, la expansión del agua no está subordinada a la física, es decir, a la congelación, sino al sonido. Es a través de su conversión acústica como se accede a su verdadera magnitud. Pero, ¿a qué alude esa *dimensión sonora* del agua, al sonido que emite al discurrir o al que se efectúa al nombrarla? A mi modo de ver, a ambos, aunque el que me interesa ahora es el segundo.

Mientras que antes «estos lugares ya recorridos doblaron mis hombros (...) / Si los escribo abro un recinto del tamaño del cosmos». Las sendas interpretativas se bifurcan, pero creo que se nos invita a hacer una lectura en clave tanto biográfica como poética: las anteriores formas de

expresión son un lastre comparadas con el poder omnímodo del lenguaje. Más que la pugna interna de una vocación escindida, lo que leemos es el resultado de una metamorfosis.

Alérgico a las buenas intenciones y al discurso cerrado, combativo contra sí mismo, Guillermo Cano da la razón a Yeats cuando afirmaba: «De las disputas con los otros hacemos retórica, de las disputas con nosotros mismos hacemos poesía». El autor hace balance, en el sentido de ajustar cuentas, y esa pulsión atraviesa el poemario entero. Quizá por eso los textos casi siempre están tensados por fuerzas disyuntivas y conjuntivas. Entre las primeras, la equívoca fluidez, la fragmentariedad, la yuxtaposición de planos detalle y observaciones morales o los títulos más sugestivos que didácticos. Entre las segundas el ritmo sintáctico, el fraseo y el formato dialógico de muchos poemas. Por supuesto ese repaso atañe, como experiencia en crudo, a las lecturas:

*(...) en mi mente la poesía de otros,  
a tiempos iguales, lo posterga y lo fecunda todo.*

Pero dejando a un lado lo literario, *La lentitud de las ramas* nos regala el deslumbramiento de su autor por las posibilidades connotativas del lenguaje. Sin afectación ni mora-

lejas, Guillermo Cano da por sentado que la realidad se construye al nombrarla y, asumiendo que la psique es parte esencial de esa realidad, sus textos consiguen que la palabra poética sea también una vía de introspección y autoconocimiento.

Vale la pena acompañarlo en ese viaje.



NOTAS A  
*LA LENTITUD DE LAS RAMAS*  
por Lucía Romero



Sabemos que los paisajes se transforman, que están en transformación y también que durante todo este período de permanente prueba y error igualmente nos transformamos nosotros en el paisaje de nuestra existencia, ya sean nuestras tierras altas o bajas, llanuras o valles. Y con frecuencia nuestra memoria no recuerda que el agua, el suelo o el manto verde de las plantas que recubren la Tierra forman el espacio que habitamos. Lo olvidamos constantemente. Entonces se vuelve necesario abrir un tiempo; para la recuperación, para un lento cuidado. Igual que los poemas de *La lentitud de las ramas*.

La poesía de Guillermo Cano se sitúa en este plano. Es consciente de la necesidad de una conexión que estimule al pensamiento, de dar marcha atrás para volver a regenerar el proceso creativo, de volver a plantar lo que sabe que ya creció y volverá a crecer. Hay en su escritura algo del instinto que nos renace. Trabaja la palabra reduciéndola al núcleo del que brota y traza un largo sendero de escritura

para que nos detengamos bajo un manto de constelaciones, para discernir de entre todos los ruidos que nos rodean aquello que es importante escuchar, oler, leer o degustar. Sus poemas nos recuerdan que necesitamos al tiempo para discernir qué es importante y a lo que debemos restarle importancia. No se trata únicamente de comprender lo que importa y lo que no, sino de experimentar el alcance de esta comprensión a lo largo del tiempo.

Guillermo Cano nos habla de una libertad sinfín de posibilidades en todos los procesos, tantas que, a veces, es imposible abarcarlas. Nos adentramos en una poesía de los sentidos y de la necesidad del tiempo. A veces paradójico e incluso innecesario, porque al final del día una secuencia de acciones se pueden reducir a una única y compleja variación de la misma experiencia que se repite. Pero esa experiencia, en su poesía, genera un significado pleno que acompaña de todo y cada unos de sus sentidos, y para ello, necesita la contemplación, anclarse y generar las experiencias que a lo largo de cada poema va interiorizando. Tal vez por eso, sus palabras, cercanas a la contemplación de lo que nos rodea y envueltas en el doblez de la naturaleza, destilan la necesidad de aprendizaje en cada etapa y en cada momento. Una y otra vez la práctica de la atención; que nuestra mente y nuestros actos recuperen la capacidad de tener conciencia plena en lo íntimo e

insoslayable y lo que va tornándose tan externo que se derrama. No sé si Guillermo Cano será consciente, pero sus versos trasladan formas y colores de un paisaje que se derrama para volcarlo en otro que requiero del apego y la lentitud quebradiza para su puesta en marcha. El apremio se escapa entre sus versos, sabe que es tiempo de algo, se sabe portador de un red que va tejiendo lo que nunca nos dijimos.

Una luz velada, una composición gradual de sombras y luces que evocan un campo abierto al devenir poético, una belleza que se despliega, con sus claroscuros ante el poeta, el creador, el observador nato y se da cuenta, a través de sus versos, que es su pupila la que abraza el texto por venir. Nos dice:

*Hay un camino y su fin  
quedará siempre fuera del alcance de los ojos.  
A cambio, nos adentramos en el mundo.*

Yo creo que en cierta forma toda vida funciona igual, que por eso regresamos y habitamos a los mismos lugares, que yo prefiero llamar aquí, y porque la *Lentitud de las ramas* así me lo transmite, hogares.



LA LENTITUD  
DE LAS RAMAS



## MANIFIESTO

Aquello que está  
entre la forma  
y el contenido del poema  
también se escribe.

## LO QUE QUEDA

Ella está viva porque la hieren.

Ella es muerte si la desconocen.

Ella es libre y hermosa cuando ama.

Esta es la poesía desnuda.

## EL COMISARIO LITERARIO ROBERT MORRIS

Tampoco es de mi agrado  
que en esta parte del recorrido  
la selección se titule sin título.

Hay comienzos que parecen un globo que se escapa de entre  
[las manos,  
pero si dejamos atrás esta mengua de bienvenida  
es posible aspirar las fragancias que relucen.

La vivencia de la tinta china sobre el papel Mylar,  
es luminosa como cien primaveras  
y es idéntica a la melancolía en simetría idéntica  
con la visión cegadora de una hermosa trama en blanco y  
[negro.

Ningún ser humano encontró aquí su representación.  
Sí sus ideas, las ideas sobre sus ideas,  
así como la textura de su memoria  
que la realza con grafito y la técnica de la aguada.

Pero no fue así todo el tiempo. Una vez  
propuso un pequeño entendimiento del mundo  
basándose en una composición dinámica sobre papel vitela.

Pero ¿por qué? Esto nunca lo dijo.

Parece nada más que una alusión, como si ya lo supiéramos, como si cualquier explicación fuese innecesaria

porque ya conocemos la cuestión de todos modos.

Por lo demás, los hechos decisivos siempre son simultáneos: gracias a la euforia generacional una joven pareja baila el twist, mientras que en otro espacio concreto que el lector ignora el murmullo del gentío crea líneas de fuga hacia el horizonte.